



FELICES PASCUAS Y
PROSPERO AÑO NUEVO

*

BON NADAL I BON ANY NOU

*

ZORIONAK

*

BOAS FESTAS DE NADAL
E ANINOVO

HOJAS

del árbol caídas...

¡Quien dice hojas del árbol dice hojas del calendario! Ciertamente que desde aquella ¡ay! ya lejana fecha del día 12 de abril de 1912 hasta hoy, muchas fueron las que revolotearon por encima de mi cabeza. Pero pienso que no hay por qué dramatizar. Estas hojas cayeron ya a nuestro alrededor desde el mismo día en que nacimos, y sin embargo, entonces no las veíamos o se nos antojaban pequeños aviones cuyas espirales constituían un motivo de gozo. ¡De aquellos tiempos en que la palabra «preocupación» no existía en nuestro diccionario recuerdo tantas y tantas cosas triviales, pero que con el tiempo cobran importancia! La felicitación del sereno, o del vigilante, por ejemplo. Recuerdo su primera cuarteta:

«Un año más y contento / les serví con gran agrado / y les serviré otro ciento / si no me es adverso el hado». Sencillamente me entusiasmaba su parte ilustrada, de dibujo muy cuidado y relamido, con muchos colores, y especialmente con mucha purpurina de oro. Lo único que nunca acabé de comprender fue lo de «el hado», palabras que me resultaban muy frías e impropias. Recuerdo que ambos servidores del vecindario se disputaban la supremacía en cuanto a realizar sacrificios. El frío, el calor, el viento, la nieve, el granizo, el aviso urgente a la comadrona, la persecución del maleante, etcétera, todo ello expuesto con una modestia, con una humildad, que hoy clamarían al cielo. Especialmente

aquel deseo de seguir sirviendo durante cien años. ¡Por lo visto no tenían idea de la jubilación!

Dejadme que hable un poco de aquellos tiempos en que caían las hojas del calendario, que se nos antojaban blancas palomas. En nuestra calle «en Proyecto», actualmente Mora la Nueva, nos había instalado mi padre (q. e. p. d.) en su afán de que respirásemos el aire puro de las montañas, porque entonces dicha zona constituía lugar de veraneo para la clase media de la ciudad. No puedo afirmar si la electricidad estaba instalada, pero casi aseguraría que no. De lo que sí estoy bien cierto es de que no la teníamos en casa, en la casa núm. 2 donde nacieron mi hermano Salvador y mis hermanas Carmen y Antonia, y donde fallecieron el mencionado hermano, mi tío Pantaleón y mi abuelo. Durante algunos años fue ocupada por la familia de nuestro amigo Pérez Mas, cuyo padre, el dibujante señor Pérez Donaz, fue uno de los primeros colaboradores de la Editorial El Gato Negro. Años después, convenientemente remozada, se transformó en el hogar de mi hermano Pantaleón y de su esposa, y en lugar de nacimiento de mi sobrino Juan. Esta casa, con su jardín, ocupó el espacio donde actualmente se está construyendo nuestro nuevo edificio, y en su jardín no faltaban ni su gallinero, ni su pozo, ni sus árboles frutales, ni sus fresas, que mi padre contemplaba todos los días cuando estaban maduras, y que presumo que a la vez controlaba. Había también en él un gran columpio al que yo era alérgico, porque me mareaba con mucha facilidad.

Los domingos por la mañana corrientemente íbamos a la montaña. Casi siempre a buscar hierba para los conejos. En la época de las setas —no hay que decirlo— no se desperdiciaba domingo ni fiesta de guardar. Bien en el pequeño bosque que teníamos a menos de quinientos metros, bien en Sant Medí o la Rabassada, o bien corriendo la aventura de ir en tren hasta Montcada, el caso es que éste era nuestro *hobby*, aun cuando por entonces no le dábamos este nombre. Las tardes de los

festivos de invierno las recuerdo perfectamente. La luz de gas, débil, vacilante, proyectaba grandes sombras en la pared del comedor, semejando figuras espectrales. No las hubiera tenido todas conmigo, pero estábamos todos juntos, no sólo los de casa, sino también la familia Pla. El señor Pla fue de los más antiguos colaboradores de mi padre. Dos o tres años después que nosotros nos trasladamos a «el Coll», el señor Pla ocupó el sótano de la casa núm. 8 de nuestra propia calle. Mientras los mayores jugaban a las cartas, lo que era casi obligado en tales tiempos y en tal época del año, nosotros correteábamos con los hijos del señor Valentín y la señora Cinta, que eran nuestros mejores amigos. El sótano de referencia había sido ocupado anteriormente por un matrimonio del cual recuerdo que el marido era bombero y se llamaba Jaime. Su hijo, del mismo nombre, era un muchachito de nuestra edad, cuyas incontinencias nocturnas daban lugar a nuestro jolgorio matutino, en el que a grandes voces y con una letrilla de todos conocida le reprochábamos su falta.

El señor Pla era una persona muy pintoresca. Era polifacético, sin ser genial. Dibujaba. Hacía versos. Explicaba chistes. Hacía cigarrillos retorcidos como sarmientos. Recuerdo entre sus «versos» uno que situó sobre la puerta del pequeño cubículo que existe dondequiera que alguien habite, que decía: «Al entrar com al sortir / d'aquest lloc tan perfumat / preguem a la concurrència / que tapi ben bé el forat» (?). Este era de los «finos».

Recuerdo la obsesión que tuve siempre para proteger a mi hermano Pantaleón, al que a los siete años superaba físicamente, aun cuando nació diecisiete meses antes que yo. Cuando alguien le amenazaba, ¡riña segura! Me había peleado más de una vez con «el Pelesquenes», un repartidor de carbón, pequeño, macizo y bastante bruto. Había otro, muy entrometido y peleador, «el Churru Lleret», con el cual salíamos a batalla diaria. Rafael, el hijo del platero que vivía en la casa núm. 6, me tiró un día una piedra que me abrió un boquete en la frente.



Visión aérea del barrio de Vallcarca, notablemente diferente de aquel que nos describe el señor Bruguera, la actividad del cual, por otra parte, ha tenido una decisiva influencia en la transformación que ha experimentado la barriada de su infancia.



El número 2 de la calle «en Proyecto», tal cual aparecía en 1955, convertido en sede social de Editorial Bruquera, S. A.

Pero en fin, éstas eran minucias propias de aquellos tiempos en que aún no existían ni la radio ni la televisión, ni los juguetes con mando a control remoto, y debíamos valernos de elementos primitivos para entretenernos.

Rápidamente revisaré lo que era la mencionada calle «en Proyecto». Ya he dicho quién ocupó el núm. 2. El núm. 4 fue un solar durante bastante tiempo. Luego su propietario edificó la casa que seguidamente le compró mi padre, y que tuvimos alquilada durante muchos años a gente buena que recuerdo perfectamente. Cito, por su larga permanencia a la familia Carrasco, compuesta por el carpintero Francisco, su mujer, sus tres hijas y su cuñada «Francisqueta». Mi cuñada Enriqueta pasó a ocupar los sótanos, mucho tiempo después, y la planta baja fue mi primer hogar en años difíciles. Nacieron en la misma habitación mis tres hijas: Carmen, Amelia y Montserrat. La primera antes de la guerra y las otras después. Anteriormente residió en ella el señor Enrique Lazausa con su familia. También vivieron allí mi hermana Antonia y mi cuñado Guillermo durante los diez primeros años de su matrimonio. En los sótanos de la casa n.º 6 residieron durante años la familia de Martín Suñer, empleado de nuestra empresa durante muchos años y actualmente asociado de Ginés Mayordomo. Su padre era un municipal de bigote retorcido, que inspiraba admiración y respeto con su traje de gala. El abuelo tenía un carrito y un asno al que se conocía con el nombre de «Murillo». Por la cantidad de cinco pesetas por día, el señor Suñer se encargaba de transportar los paquetes de libros de la Editorial al Correo y de recoger lo que hiciera falta para trabajar con nuestra primera «Marinoni». Posteriormente fueron ocupadas por la familia de nuestro amigo Fernando Aleu y luego por la

de José Farré, entre otros. La planta superior de dicho edificio la ocupaba el platero señor Rafael Lasida, que de muy joven sufrió un ataque apoplético y quedó casi inválido. Recuerdo que formó parte de varias peregrinaciones y que cuando se produjo el «fenómeno» del doctor Asuero, consiguió que le visitase y le practicase su cura del trigémino, que desgraciadamente tuvo un resultado tan espectacular como efímero: a los pocos días el pobre enfermo estaba como antes, pero con el ánimo mucho más deprimido. Dicha planta fue luego habitada por la familia Armengol, que posteriormente se trasladó a la casa existente en el solar de la calle Mora de Ebro, que ocupa actualmente nuestra sección de Sobres y había ocupado antes el Club Bruquera. El solar núm. 8 no fue edificado y el número 10 ya he dicho que lo habitaron la familia del bombero y posteriormente la del señor Pla. La planta superior tenía como residenta a la señora Pepa y su hijo, un muchacho ya mayor con el cual poco trato tuvimos. Muchos años después fue residencia de otro de nuestros veteranos, Ramón Goset y su esposa. Las casas 12 y 14 eran de veraneantes. En agosto y setiembre, y posiblemente en julio, no lo recuerdo, aparecía la familia Bonet, cuya residencia habitual era la calle del Comercio, y unos parientes cuyo nombre ignoro. Cuando los veraneantes desaparecieron, el número 14 lo ocupó la familia de Valentín Muñoz, el más antiguo de nuestra plantilla actual. En los primeros años veinte, el señor Bonet le vendió ambas casas a mi padre (q. e. p. d.) y nos instalamos en la n.º 12. Nació allí mi hermana Nuria y allí despedimos a nuestro padre en su postrer viaje. Venía seguidamente la casa de la señora Julia, actualmente habitada por la peinadora a la que cariñosamente conocemos por «Fina». Esa señora tenía dos hijos, uno de ellos subnormal y otro, famoso *jockey* que sólo veíamos de año en año; sabíamos que residía en Egipto, y que era un gran campeón. Vivían ella, su esposo y el hijo, que murieron en el transcurso de poco tiempo dejándola sola durante muchos años. Y ya finalmente quedaba otra casa que conocíamos por la de «el fondista». También era de veraneantes. Actualmente la ocupa el señor Batllori. Estos veraneantes tenían una fonda en el centro de Barcelona, cuyo nombre ignoro. Casi no les conocíamos porque hacían vida muy retirada y sus estancias eran muy cortas.

Por la parte de los números impares, en el primer solar, que era doble, vivía la familia Padern. Eran veraneantes auténticos, señores que sabían hacerse distinguir y que nos «honraban» con su presencia. Posteriormente esta casa fue ocupada por un ingeniero sueco llamado señor Drake y después adquirida por mi consuegro señor Andrés Texidó. Debería hacer un gran esfuerzo para recordar quiénes ocuparon los solares contiguos. En todo caso fueron gente de paso y con los que tuve poco contacto. Llegábamos luego al solar donde actualmente mi yerno está edificando para la ampliación de su industria, y seguidamente a la casa pairal de los Texidó, también habitada exclusivamente en el verano. A la casa del señor Texidó seguía la ocupada por el señor Munt y su familia. Sigue en ella la hija del matrimonio, señora Eulalia, que durante algunos años estuvo a cargo del departamento de encuadernación de nuestra Editorial, en tiempos en que aún éramos pocos. Pared por pared habitaba en otra torre de características similares, la familia Fatsini. Desapareció la vieja generación, pero siguen en ella la segunda y la tercera. «Pepito» (actualmente el señor Fatsini) fue uno de nuestros buenos amigos de la infancia, y sigue siéndolo. Supongo que su prima señora Eulalia y él son los más viejos residentes de la calle «en Proyecto». Me olvidé mencionar que el señor Munt y la señora de Fatsini eran

hermanos. Más arriba prácticamente ya no había casas sino barracas. De la primera recuerdo la existencia de un heterogéneo grupo familiar amante de la juerga, de los gritos y de las peleas. Las escandaleras constituían un espectáculo dominguero. Y más arriba, en la última, estaba el cabrero, el señor Virgos, cuyo hijo fue condiscípulo nuestro, del que no he tenido más noticias desde la época de nuestras mocedades. A su hermana Mercedes, la carnicera, creo que muchos la conocen.

Podría haberos hablado del presente y del futuro. Podía haber intentado formar frases más o menos elegantes que tuvieran «mensaje». Pero he pensado que estos hechos triviales tienen también su valor y en definitiva son trocitos de la vida de unos seres como nosotros que son a la vez autores y espectadores de esta gran panorámica que es la existencia humana. Cuanto he expuesto no es para mí en cada caso más que un punto de referencia que me permitiría desarrollar una historia, historia simple, sencilla pero interesante si tuviera la habilidad de relatarla con gracia. Sin embargo, no hay tiempo ni lugar y creo que vuestra paciencia debe estar llegando ya al límite. Para enlazar el principio de estos apuntes con el final, dejadme decir simplemente que nacieron precisamente por el hecho diferencial de que entonces, cuando yo era niño, la caída de las hojas del calendario constituía para mí, o nada,

o algo intrascendente, o divertido. Y ahora ya no es así; ahora me rodean muchas hojas y cada vez que arranco la última del calendario tengo la impresión de que me he dejado engañar una vez más, que me han robado algo. Cierto es que se vive más aprisa que antes, pero el tiempo corre más y se nos adelanta.

Bien: no seamos pesimistas. El año pasado pensaba como éste, y también el anterior. Y hemos llegado a su término. Pronto nos obsequiarán con un nuevo «almanaque» y reiniciaremos el juego de la hoja volante. ¿Y por qué no pensar que arrancaremos la última de muchas de estas hojas, y que la vida será bella, cada vez más bella y mejor, porque así ha de ser y puede ser? No lo conseguiremos sin luchas ni sacrificios. Pero para esto estamos. Me adhiero firmemente a la idea y al propósito, y para terminar os deseo lo mejor para vosotros y para todos los vuestros, con un «extra de felicidad» en las próximas Fiestas.

FRANCISCO BRUGUERA

NOTA. — Seguramente he cometido algún error u omisión involuntaria al mencionar tantos datos de memoria. Pido disculpas y agradezco de antemano cualquier información que complete, rectifique o perfeccione este modesto documento de archivo.



NUEVA LINEA

AGENCIA DE PUBLICIDAD



La Revista *NOSOTROS*, nos invita a presentarnos dentro de la Sección dedicada a las Empresas amigas, y con mucho gusto hemos accedido a ello.

La presentación escueta sería decir que NUEVA LINEA, S. A., es una Empresa de Publicidad, situada en la calle General Mitre, 1, compuesta por trece personas, cuatro mujeres y nueve hombres, con una edad media en su conjunto de 23 años y con unos índices de absentismo laboral y de gravedad, prácticamente nulos. Ocupando una superficie laboral de 158 metros cuadrados.

Sin embargo, una presentación de esta índole, poco o nada revelaría de lo que hacemos y de quienes somos. Pero el problema que se nos plantea al presentarnos es el, ¿cómo presentarnos?

Hacer una presentación ingeniosa y desenfadada, con una cierta dosis de chispa publicitaria, no haría sino contribuir a tejer la leyenda folklórica de la publicidad ingeniosa, y del publicitario simpático y dicharachero, producto ilógico de una sociedad de masas. Forma común con que se conoce a la Publicidad y al publicitario que para ella —y también de ella— vive.